

El Viaje





DIECIOCHO EN MACHALI

Por GONZALO DRAGO

El apacible y pintoresco cerro San Juan de Machali se transforma en bulliciosa colmena humana con la eufórica celebración de las fiestas patrias, que alcanzan su máxima expansión el día 19 de septiembre y que terminan con la tradicional "tapadura de hoyos", que no es sino una disimulada prolongación de la alegría colectiva hasta el día 20.

Como en la ciudad de Rancagua, capital de la provincia de O'Higgins, no se autoriza el funcionamiento de fondas o ramadas, la gran masa de la población y centenares de mineros de los campamentos de Coya, Pangal, Caletones, Sewell y mina, acuden en los días de fiestas patrias como a un oasis de auténtica alegría.

Allí, en las suaves laderas del cerrito de San Juan, las ramadas alcanzan sus transitorias estructuras de colihue, totora, carrizo y ramas de árboles tronchadas que no han perdido su frescura, para cobijar a miles de hombres y mujeres que sienten en el fondo de sus corazones el fervoroso llamado de la patria.

Nuestro pueblo, sobrio cuando las circunstancias se lo exigen, sabe también divertirse a su manera. Durante algunos meses ha ahorrado pacientemente para comprarse algunas prendas de ropa y lucirlas orgullosamente en el "dieciocho" y también para tomarse algunos buenos tragos de chacolí con naranja o vino tinto de las ubérrimas viñas de Doñihue, Coltauco o Machali.

Y cuando el entusiasmo sube de punto, no le faltará una compañera complaciente para bailar la cueca larga hasta que le falte el resuello. Entonces restaura las fuerzas con una fragante cazuela, empanadas de horno, chanchito a la chilena o asado al palo, regadas naturalmente con los sabrosos mostos de la tierra.

Aquí tenemos una reunión familiar, bajo el amparo de una rústica ramada que se hace llamar ransosamente "Restaurant de don Juan Lanás", donde la sana alegría asoma a los rostros de hombres, mujeres y niños que ce-



lebran alborzados el día de la patria. Mientras tanto, en las faldas del cerrito de San Juan, la cueca triunfa al son de las guitarras y el aire puro vibra con la estridente voz de las cantoras.

Más allá, en la planicie del cerro, algunos huasos han organizado una carrera a la chilena y caballos y jinetes cruzan como centauros en busca de la meta. Las famosas topeaduras han sido suspendidas por sus peligrosas consecuencias. La mayoría terminaban en riñas, donde el vencedor era el más fuerte o el que sabía manejar con mayor destreza la peña o el mortal estribo enarbolado a guisa de masa o molinete contundente.

Al atardecer, cuando el sol enciende sus fraguas en la cordillera de la Costa, las familias comienzan a descender lentamente el cerro en demanda del pueblo embanderado. Es un desfile pintoresco, abigarrado, donde los ehucicos, las damajuanas, las guitarras, las si-

llas, las cestas y los pisos, son llevados como auténticos trofeos de la fiesta que continuará al día siguiente hasta el término de las fiestas patrias.

Grupos de mineros, llegados de las minas de "El Teniente", cantan con voces broncas canciones de la tierra, justificadamente eufóricos, desbordantes de auténtica alegría por el hecho de haber escapado a la "ley seca" que impera en los diferentes campamentos del mineral cuprero.

Así es, más o menos, a grandes rasgos, el "dieciocho" en Machalí, donde el huaso, el minero, el empleado o el obrero, encuentran un acogedor oasis para sus deseos de reposo o de sana alegría popular. Terminadas las fiestas patrias, el pueblo y el cerrito de San Juan vuelven a su tradicional tranquilidad, donde la vida transcurre semejante a una mansa corriente de noches y de días.

G. D.